

## LA ORIENTACION SOCIAL

EN LA

## ENSEÑANZA DEL DERECHO

---

*A Dardo A. Rietti*

Cuando se desarrolló la primera etapa de la intervención del gobierno nacional en la Universidad de Córdoba, difícil misión confiada a la comprobada prudencia del Dr. José Nicolás Matienzo, tocó al que suscribe el inmerecido honor de actuar en ella como secretario.

Es una circunstancia que me permite recordar para explicar estas líneas. Extraño en absoluto a las labores universitarias, no me hubiera yo animado a escribir sobre semejante tema de no haber mediado, en primer término, la invitación del aventajado estudiante cuyo nombre aparece encabezando este artículo. Esa circunstancia, empero, no hubiera sido aún bastante para moverme, de no haber existido también la anterior, la de mi actuación en Córdoba, por modesta que haya sido.

De lo observado en mi rápido paso por la casa de Trejo, añadido a muchas reflexiones pretéritas que, a su tiempo, encontraron forma en otros escritos de más enjundia, sale ahora el presente estudio. ¡Ojalá no desbarre mucho en él y, si algo bueno consigo poner en sus párrafos, permita Dios que no sea perdido!

El tema brota de un recuerdo, de los varios agradables que siempre evocará en mi espíritu la ciudad que fundó Don Jerónimo Luis de Cabrera.

Conocidas ya las fallas que impedían el buen funcionamiento de la vieja universidad *anquilosada*—como la clasificó la intervención en un informe que permanecerá famoso—una tarde dedicábase el interventor a visitar todo lo bueno que aún contenía el venerando instituto trisecular.

Había tocado entonces la vez a la escuela práctica de medicina. La intervención inspeccionaba el curiosísimo laboratorio de fisiología y confiada esa sección a tan sabio profesor como es el Dr. Ducceschi, encargado también del curso de psicología experimental anexo a la facultad de derecho, la impresión tenía que resultar inmejorable. Resumiéndola, el Dr. Matienzo exclamó: ¡plástima grande que tales métodos no se hagan extensivos a todos los estudios jurídicos!

No puedo asegurar si fueron estas, exactamente, las palabras pronunciadas. Respondo, empero, de la impresión que en mí causaron, removiendo ideas y anhelos caros a mi espíritu, proyectos que, aún en otro orden de ideas, serían para mí de dulce realización.

En ese momento sentí renacer en mi ánimo emociones y esperanzas que ya antes había suscitado en él la serie de lecturas que, años, atrás, hizo el Dr. Rivarola en la facultad de Filosofía y Letras, de Buenos Aires, y que luego reunió en un libro con el título de *La Universidad Social*.

Como entonces, pensé instantáneamente en aquella admirable iniciativa juvenil de William Toymbee, el malogrado apóstol social que, abandonando las ventajas de una situación privilegiada, se fué voluntariamente a vivir en los horrores de los sórdidos inquilinatos, en los barrios más miserables del Londres más espantoso. Con piadosa emoción evoqué la memoria del mártir que halló la muerte en esa empresa heroica, mientras trataba de estudiar directamente las condiciones de vida, de traba-

jo, la mentalidad y la moralidad de las clases desheredadas, en la que Booth llamó: "*The darkest England*". Recordé el magnífico florecimiento que tuvo luego aquella iniciativa en todos los países de lengua inglesa, dando lugar a los *social settlement*, de carácter neutro, político o confesional, que la iniciativa privada constituyó en todos los grandes centros del Imperio Británico o de los Estados Unidos. Pensé, principalmente, en los que después se formaron con carácter docente—su verdadero carácter—y existen como complemento obligado de todas o de casi todas las universidades anglo-sajonas.

Centros eminentemente prácticos, me dije, de estudio directo y de investigación sociológica positiva para los alumnos de aquellos institutos; foco de irradiación cultural para las clases obreras en cuyo seno se instalan; escuelas de energía y de experiencia de la vida para los jóvenes pudientes que allí residen o que allí concurren; de orden, sobriedad, arreglo y buenas maneras para los obreros, desocupados, pobres o desamparados que los frecuentan; seminarios de fraternidad; gimnasios de solidaridad humana; beneficiosos para todos, los *settlement* reúnen la totalidad de condiciones de laboratorio de sociología y derecho que el Dr. Matienzo anhela. Las universidades de la gran Bretaña y de Norte-América los tienen instalados en los más distintos lugares. En las cárceles y presidios, para el estudio de la criminalidad; en las agencias de colocaciones y en los asilos de mendigos y vagabundos, para el estudio de la desocupación, de la vagancia voluntaria o involuntaria y de la inutilización permanente o transitoria; en los puertos y asilos de marineros, para el estudio de la inmigración o de las características y movimiento de las poblaciones trashumantes y advenedizas; en los grandes centros obreros, para el estudio de las condiciones de vida del trabajador, de sus hijos, de sus mujeres.

Muchas de esas universidades han hecho de la residencia por turno, del internado efectivo o del externado temporal en cada uno de esos *settlement* o, por lo menos, en algunos de ellos,

una condición indispensable para obtener ciertos títulos y certificados de estudios. ¿Por qué no se implantaría la misma institución y el mismo método en las universidades argentinas?

Algunas noches después, en el Observatorio Nacional, frente a la imponderable belleza del cielo cordobés, magníficamente estrellado, he vuelto a ahondar el tema. Preocupado—como todos los habitantes de Córdoba—por el problema universitario, que el conflicto entre estudiantes y profesores había puesto de manifiesto, el director de aquel establecimiento hablábame de la necesidad de orientar en un sentido experimental, práctico, positivo, verdaderamente científico, todos los estudios de la Universidad. Al escuchar la palabra del sabio astrónomo norteamericano, volvía a plantearseme la pregunta ¿por qué no será el *social settlement*, o “residencia social”, como dicen los escritores franceses adaptando el término, el complemento obligado y necesario de todos los estudios jurídicos y aún de los de humanidades que se cursan entre nosotros?

Porque, en efecto, no son los problemas económicos, las cuestiones relativas a las clases obreras, a la criminalidad, etc., con las modalidades que le son propias en cada lugar, con sus características no solo nacionales sino regionales, los únicos que no pueden ser verdaderamente estudiados sino a base de investigaciones personales, prácticamente orientadas y dirigidas. Ocurre también lo mismo con los problemas relativos a la ética, a la religiosidad, a las tradiciones, a la lingüística, al *folklore* y todos los demás que entraña el estudio real de la etnografía y de la sociología argentinas?

La necesidad de la *residencia social*, del contacto directo y permanente del estudiante con los hombres y con la vida, fuera de su clase social y de las aulas universitarias, aparecíame entonces tan indispensable en los estudios de derecho y filosofía y letras como puede ser la práctica del laboratorio para un químico, los trabajos en el campo para un geólogo, la concurrencia a los hospitales para un alumno de medicina. La mentalidad enmara-

ñada y librezca que caracteriza a tantos jurisconsultos noveles, y todavía más a nuestros doctores en humanidades, su aire de plantas de invernadero, que los distingue de sus colegas de las demás facultades donde se practica la ciencia verdad, mediante métodos de investigación verdaderamente científicos, todo me parecía tener por base este alejamiento de la realidad, ese enclaustramiento atrofiante en la atmósfera mohosa y ratonil de las viejas bibliotecas coloniales repletas de *Pandectas*, *Fueros* y *Partidas*.

Pero, conocido el mal y el remedio, este, sin embargo, no parecía de fácil aplicación. Torcían el gesto los profesores a quienes hablaba de implantarlo. Una respetable señora cordobesa se indignaba ante la mera idea—ingenuamente expuesta—de enviar su hijo dilectísimo a hacer investigaciones sociales en el *rancherío* del barrio de San Vicente.

La atención tenía entonces que concentrarse de nuevo en otro punto. ¿Qué dificultades graves se oponen, en los centros universitarios argentinos, a la implantación de tales métodos?

---

Con cierto conocimiento la mentalidad latina y la observación, no solo de este medio sino de otros similares, la respuesta no debía ser difícil de encontrar.

No hay, no puede haber, ningún óbice de índole pedagógica, ningún obstáculo de orden material. La dificultad que se presenta es de carácter moral y puede resumirse en pocas palabras.

Hay una carencia general de entusiasmos altruistas, ausencia de espíritu de fraternidad humana, falta de un ideal social, de un sentimiento de solidaridad colectiva; rogando que se disculpe la aparente redundancia, puesto que también existe la solidaridad de casta, de grupo, de clase, de profesión, de secta o de partido, y estas son precisamente las que hace falta aventar.

Como sucede en la casi totalidad de los fenómenos sociales, la cuestión venía pues a reducirse a un problema ético, a una

cuestión de sentimiento, en la cual la razón puede muy poco y la emoción lo es todo. Para conseguir la solución buscada, no bastará nunca convencer. Todos los argumentos de índole práctica, de orden utilitario, resultarán estériles. Es necesario conmover, entusiasmar, hacer sentir y, mientras esto no se consiga, nada se ha conseguido. Hace falta despertar el ideal.

El ideal es la fuerza sociológica por excelencia, dice Benjamín Kidd (1). Sin ideal, sin emoción colectiva, es imposible la existencia de una sociedad eficiente: no habrá verdaderamente una sociedad, sino un conglomerado humano. Ahora bien: pasado el período épico de las luchas por la independencia y por la organización nacional, invadido el viejo solar por las fuerzas disolventes de la inmigración, que no tuvieron tiempo aún de coagularse, de plasmarse, de uniformarse en vuelta de un gran ideal colectivo, empezando por formar ese ideal ¿no será ese el estado en que se encuentra la sociedad argentina? Hay, sin duda, plétora de energías y de riquezas materiales, sobran ambiciones, que se entrechocan, que luchan, que se contrarían en un combate que no cesa por el vellocino de oro. Pero, en esta hipertrofia de individualismo, en esta barahunda de preocupaciones egoístas y de poco alcance, que ni miran al pasado común ni tienen en cuenta el porvenir de la comunidad, no cabe lugar para el desinterés, no se observa un asomo de entusiasmo social, una muestra siquiera de ese espíritu de apostolado humano que, por sed de justicia y anhelos de fraternidad, propende a la aproximación de las clases y trata de rellenar los abismos que las separan y calmar las luchas que las dividen.

Así como el pobre Alonso Quijano, el Bueno, no podía oír hablar de algo que le recordara sus libros de caballería sin perder inmediatamente la tramontana, he de confesar que no puedo nunca permanecer indiferente cuando se trata de un tema que toca directamente a mis ideales de acción social cristiana. Prefe-

---

(1) The science of power, cap. IV.

riría decir de cristianismo, a secas, puesto que si este, considerado ante todo como un sistema moral, no es, no significa una actitud de olvido de todo egoísmo, ahogado por el supremo mandamiento: “Que os améis los unos a los otros” (1), yo no se francamente cual sea el ideal de la cristiandad.

Por lo mismo, la cuestión que entonces me ocupaba y ahora me preocupa, tuvo la virtud de tocar mis sentimientos más íntimos y despertar todas las cavilaciones que un día me llevaron a escribir *El Renacimiento Místico* y otro a redactar el poco afortunado discurso sobre *La ley de amor*. Así como el enamorado de la sin par Dulcinea volvía siempre a sus caballerías, vuelve mi espíritu, con cualquier motivo, a su tema favorito.

“Uua sola cosa es necesaria”, decía Jesús a Marta, la atreadísima hermana de María, la contemplativa, y esa cosa, base de todas las demás, a saber: la ley moral que, en beneficio de todos, impone limitaciones y ordena sacrificios a cada uno, está en juego siempre que se toca un problema grave de nuestra sociedad.

La cuestión universitaria no es sino uno de tantos aspectos de la vida social y esta valdrá siempre lo que valgan moralmente los que hayan de vivirla. Si son duros, fríos, ensimismados, sin entusiasmo de ningún género por el bien común, esa vida será triste y miserable. Bastante lo es, por general, nuestra vida en estas sociedades ferozmente individualistas, en los trances de angustia de una hora de transición.

Pero si la acción universitaria, preparando las clases directoras de mañana, no sirve para contrarrestar ese mal ¿para qué sirve entonces la universidad?

---

Creo, sin embargo, que estas reflexiones no tienen que conducirnos fatalmente al más desalentado pesimismo.

---

(1) San Juan, 15, 17.

Faltan aquí en la juventud, y naturalmente todavía más fuera de ella, esos grandes y apostólicos entusiasmos humanitarios que una honda y milenaria educación cristiana, sintetizándose y refinándose, dejó como sedimento ético indestructible, en el fondo piadoso del alma anglo-sajona, así como, en distinta forma, en el ardiente misticismo, lleno de amorosa fraternidad del alma eslava. Y, a su vez, mientras esos entusiasmos no existan, será siempre muy difícil la implantación de la orientación a un tiempo práctica, científica y social que señalábamos para los estudios jurídicos en nuestras universidades.

Pero esto no quiere decir que nos hallemos en un callejón sin salida.

Es bien conocido el principio biológico de que la función crea el órgano y en Inglaterra eso se ha visto patentemente, desde que la preocupación social creó la forma más adecuada para satisfacerla: esos puestos avanzados de la cultura, del refinamiento moral e intelectual en medio de la barbarie, compañera obligada de la miseria, barbarie tal como no la sospechan aquellas poblaciones primitivas entre las cuales el proselitismo religioso anglosajón, equivocando el camino, como si nada hubiera que hacer en su propio país, se entretuvo y se entretiene aún en mandar misioneros. Intentemos, empero, la prueba contraria: que no siempre se ha de proseguir en el fundamental error de suponer que las leyes biológicas, concernientes a la vida individual, son estrictamente verdaderas en sociología, como si fuera matemáticamente cierto el símil, puramente literario, que hace de la sociedad un organismo. Empecemos por crear los *settlemen*; pongamos, mediante ellos, a la juventud universitaria en contacto con las miserias que la ciencia tiene la misión de mirar—recordando que, fundamentalmente, la ciencia del derecho no es, no puede ser otra cosa que la ciencia del gobierno de los pueblos y del arreglo de las sociedades—y ya veremos cómo el ideal se despienta y la orientación social se abre camino.

Hace mucho ya que Novicow demostró que no hay razas.

superiores ni inferiores, ni pueblos rebeldes a tal o cual forma de cultura; es todo una cuestión de educación. No es la unidad étnica la que forma la unidad política de un pueblo; sino la unidad psicológica que, por acción cultural, se plasma con los siglos. Si así no fuera, los celtas de la Bretaña, los germanos del norte y noroeste, los greco-latinos del mediodía no hubieran nunca formado esa unidad indestructible de cultura magnífica que se llama la Francia. Del mismo modo, si los factores físicos lo fueran todo, difícilmente con iberos, celtas, fenicios, cartagineses, griegos, romanos, suevos, godos, árabes y berberiscos se hubiera podido plasmar una realidad histórica y sociológica tan innegable como es España. Inversamente, los bascos, los finlandeses y los húngaros, con ser los tres turanios, están muy lejos de ser semejantes — desde que las acciones culturales fueron diversas. Las fuerzas morales que orientan y aún crean las intelectuales, lo son todo: un príncipe hindú educado en Oxford es tan *gentleman* como el hijo del duque de Norfolk o de Cumberland. Si al príncipe de Gales lo mandan desde la puericia a Srinagar, a Delhi o a Benarcó para que se eduque en el ambiente de los harenes de una corte despótica, saldrá un afeminado y un cruel.

Yo, por otra parte—y ahora entran de nuevo a tomarse en consideración causas fisiológicas, desde que se trata de la acción de los individuos—, no dudo de la facultad de ninguna juventud para entusiasmarse, así como no dudo fundamentalmente de la abnegación de ninguna mujer. El joven es naturalmente entusiasta, así como la mujer es abnegada, desde que es mujer, vale decir: potencialmente madre. Influencias morales desgraciadas, mesológicas o momentáneas, pueden haber ahogado esas disposiciones naturales al entusiasmo o a la abnegación; pero no han desaparecido; dormitan, están latentes, y la acción educacional puede hacerlas revivir.

El caso de anestesia temporal de los entusiasmos de nuestra juventud para lo que signifique un grande ideal social de abnegación y sacrificio, se explica por la misma superabundancia de

riquezas naturales en el país y la consiguiente orientación, predominante, que ella impuso por los intereses que se le relacionan. Las preocupaciones puramente materiales tienden a ahogar el altruismo; de ahí que éste difícilmente se encuentre—aún cuando alguna vez el odio, el despecho o la envidia pretendan tomar sus formas—en las capas sociales más bajas, ahogadas en la miseria. La lucha sistemática y exclusiva por el pan, así como la lucha por el millón, producen iguales resultados: hipertrofia del egoísmo, lo que corresponde a decir: disociabilización del hombre.

Pero todo esto, que fué producido por un factor de orden moral, aunque ocasionado por causas materiales, otros factores morales pueden develar y debemos tener en cuenta, para ser optimistas, que una acción educacional sistemática puede deshacer rápidamente, para el bien o para el mal, lo que un conjunto de causas fortuitas, adaptándose poco a poco a un objeto que paulatinamente se fué usando, tardó siglos en formar. El rápido movimiento de desmoralización que dió lugar al escepticismo de nuestra juventud, tan distinta de aquella juventud entusiasta que hasta 1880 se hallaba siempre dispuesta a sacrificarse por la causa pública y en aras de la organización nacional, puede servirnos de ejemplo. Más impresionante, empero, y más acomodado a nuestro objeto es el del Japón que, mediante la escuela, pudo en menos de medio siglo transformarse en una gran potencia dentro de la civilización occidental. También pudiéramos recordar el ejemplo de Alemania, el viejo pueblo apacible y romántico, la patria de Goethe y de Beethoven, que, por la acción cultural dirigida por una casta guerrera predominante, se transforma, también en menos de medio siglo, en una organización industrial y en una máquina de guerra formidables, destinadas a imponer su hegemonía al género humano.

En todos estos casos se movió como resorte un ideal. En nuestro caso fué el *hedonismo*: hay que ser rico, se dijo a cada uno, para gozar, que es lo único que importa en la vida. En los otros dos, fué el ideal de lo que Nietzsche llamó *instinto de*

*grandesa*: hay que ser fuertes para ser grandes, se dijeron japoneses y alemanes, porque ser grande, imponerse a los demás, es el objeto esencial de la vida humana.

Ahora lo que proponemos, significa también mover un ideal. Pero éste hállase más en armonía con nuestras formas democráticas y, por ende, con el porvenir del mundo.

---

Creemos, pues, en la acción educativa, moralizadora, de los *settlement* y esperamos que ellos darán a nuestra juventud la orientación social, humanitaria, que le falta. Por eso, lo que concebimos más urgente es su creación.

Naturalmente, si entramos a considerar cómo ha de hacerse ésta, no ocultaremos que sería preferible que se hiciera por iniciativa espontánea de un grupo de jóvenes animosos que se lanzaran a la acción y, arremangando los brazos, para meterlos hasta el codo, si hace falta, en cualquier masa en fermentación, sin temor a pisar barro ni a respirar miasmas, se pongan a la obra.

El carácter reconfortante que tiene este trabajo, la facilidad que representa para desensimismarse de toda preocupación malsana y personal, ante el espectáculo del dolor real de los demás, sólo lo sabe quien se haya un día olvidado de sí mismo para asomarse a los abismos de la desgracia ajena. Instantáneamente, casi pudiéramos decir automáticamente, brota la alegría de vivir en el pecho de cada cual, al considerar una felicidad personal de la cual no se había dado cuenta todavía, y desaparece el tedio, aventado por la alegría de hacer bien.

Porque, cuanto a hacer bien podemos asegurar que es imposible no hacerlo desde que se pisa un *settlement*. El hecho del establecimiento de una institución de este género en un centro obrero, es ya por sí solo un acto de solidaridad y, por ende, de pacificación social. Se acortan las distancias entre las clases y

se rellenan los abismos de odio o de desprecio que las separan, cuando un miembro de las clases superiores—y todo universitario lo es, en razón de su cultura—baja a las inferiores llevando una palabra fraternal. Después esa palabra ¡de cuánto provecho puede ser!

Hay aquí un desesperado a quien se da aliento, allí un desocupado a quien se le presta una indicación útil, más allá un desorientado—moral o intelectualmente—a quien se puede orientar. A éste se le presta un libro, a aquél se le enseña una noción práctica y verdadera de la ciencia o de la vida, un principio jurídico, una regla de higiene, un concepto político, una verdad histórica, un dato de geografía. Si cabe, en realidad, eso que se llama *extensión universitaria*, creemos que no hay manera eficaz de llevarla a cabo sino por medio del *settlement*. Una conferencia o un curso de conferencias, en oídos mal preparados, deja una impresión caótica, confusa, que pronto se olvida; pero el *settlement*, la residencia social en los centros obreros u otros más miserables todavía, significa—como el nombre lo indica—el contacto constante, diario, entre gentes de mentalidades distintamente cultivadas y de ese contacto nace la compenetración moral y mental. Todos aprenden y todos enseñan. Aprende el que va allí para eso, haciendo encuestas respecto a las condiciones de existencia de los individuos de las clases desheredadas, de los desamparados, de los caídos y aprenden también éstos, los sujetos de tales encuestas, al cambiar impresiones frecuentes, que concluyen por hacerse amistosas, con sus examinadores. Y, dada esta corriente recíproca de enseñanzas, nadie puede decirse maestro, como nadie es discípulo. En el *settlement* son todos los concurrentes, ricos o pobres, sabios o ignorantes, lo que debieran serlo en toda sociedad cristiana: hermanos y nada más.

A todos los jóvenes de buena voluntad, muchachos o niñas, que puedan existir en cualquier rama de la enseñanza universitaria, nunca me cansaré yo de exhortarlos a esta acción social. *Es necesario ir al pueblo*, como decían, presos de ardiente mis-

ticismo, los estudiantes rusos de hace treinta años, y como no dejaron de decirlo hasta la fecha. *Para el pueblo y por el pueblo*, como decían y dicen los elementos más entusiastas de todas las clases sociales de los países anglo-sajones, a la zaga de los Ruskin, de los Morris y de los Toynbee: *¡para el pueblo y por el pueblo en una gran cruzada de fraternidad y de cultura!*

En tal cruzada, ninguna fuerza puede ser perdida. La mujer educada, como lo han probado fehacientemente inglesas y norteamericanas, puede muy especialmente prestar imponderables servicios, elevando el nivel moral e intelectual de sus hermanas más desgraciadas, al mismo tiempo que temple su propio corazón y esclarezca su propia inteligencia, al ponerse en contacto con una realidad que hace desaparecer para siempre ese engañoso optimismo, en que voluntariamente se amodorrán tantas que cierran los ojos a la vida, para no distraerse de sus frívolos placeres. Luego vienen los artistas: músicos, poetas o pintores, todos aquellos que puedan llevar un rayo de la divina belleza a la lobreguez de las viviendas donde nunca llega la alegría, donde jamás ha llegado la hermosura, donde no brilla el sol. Y, en seguida, que vengán todos. ¿Quién no puede traer siquiera un ramito de violetas para la pobre muchacha que se muere en el cuartucho de un conventillo? Hasta los dolores y las tristezas son bien venidas: es necesario mostrar a los pobres que sufren que no son ellos los únicos a sufrir.

¡Pero si esto no es posible de empezar a hacerse por la acción voluntaria de un grupo de jóvenes que, por esfuerzo propio y con un propósito tan científico como humanitario, se decidan a ponerse en contacto íntimo, directo y permanente con el pueblo, entonces que lo hagan las autoridades universitarias, aprovechando esta aura de reformas, de implantación de métodos nuevos y ostracismo de todo lo absoluto.

Para ser hecho por acción de la propia juventud, esto no costaría mucho a hacer: basta, ante todo, un poco de buena voluntad. ¿Qué sacrificio representa el alquiler de una pequeña casa

en los centros más pobres o, ni siquiera esto, la concurrencia diaria a dichos centros? Pero hecho por la acción de los consejos directivos de las universidades o, por lo menos, de sus facultades de derecho y de filosofía y letras, ya que menos espontáneo y, por ende, más artificioso, tendría por lo menos la ventaja de ser más completo, sistemático y legal. Lo esencial es que la institución y los métodos del *settlement* se creen y se establezcan. Sin que sea *de real orden*.

---

Un detallado programa de acción para los *settlement* universitarios, además de no caber en las restricciones naturales de un artículo como el presente, no me correspondería a mí hacerlo. Los que dirigen y encauzan la vida de los grandes centros de docencia superior del país, deben estar perfectamente informados al respecto y, en caso necesario, tienen a su disposición todos los antecedentes de las universidades británicas y norteamericanas.

Lo esencial, repetimos, es que se creen y, con ellos, la orientación social de los estudios jurídicos, inculcando en el espíritu de los futuros jurisconsultos que la ciencia del derecho—repetimos también—no es un arte de ganar pleitos y hacer escamoteos a la justicia, sino la ciencia de dirigir las sociedades, ciencia que, como todas las biológico-sociales, tiene por fundamento la realidad y la vida.

He hablado antes de *Pandectas*, *Fueros* y *Partidas* con un tono que pudiera parecer desdeñoso y no quisiera ser malentendido. No ha estado en mi espíritu menospreciar tales obras venerables, sino en cuanto ellas pueden representar un saber puramente teórico y anacrónico. Al contrario: lo que fuera de desear sería que el *espíritu real* de tales trabajos, que es la síntesis de la experiencia de los hombres que los compusieron, se continuara en nuestros días. En cada una de las páginas sencillas, y por lo mismo admirables, que escribió el Rey Sabio, nótase, pálpase,



márcase un conocimiento de la realidad y un contacto con ella, que ya lo quisieran para sí los eruditísimos jurisperitos que pontifican en muchas cátedras. Ese conocimiento puesto al día, y tanto más necesario cuanto que la vida social se ha hecho más compleja, es lo que pueden obtener las universidades mediante la práctica del *settlement*.

Si esta se aplica, por ejemplo, a los estudios penales; si, para hacerlos eficazmente, los alumnos de derecho no se limitan a visitar las penitenciarías una vez al año, en un paseo rápido, como quien va al zoológico para ver las fieras enjaulladas, sino que se resignan a frecuentarlas constantemente, a vivir en ellas, como un interno vive en su hospital, el criminal dejará de ser para ellos lo que, por desgracia, es para tantos jueces y abogados: una creación de derecho, destinada, a modo de ejercicio retórico, para dar tema a unas cuantas páginas de análisis que concluyen en una condenación o una absolución.

Si la facultad les impone el deber—que, por otra parte, no es más penoso que el de un practicante en un manicomio—de ocuparse durante algunos meses, de contacto permanente, en estudiar caso por caso un determinado número de delincuentes, éstos aparecerán, en su espíritu, como lo que son en realidad: hombres, con toda la grandeza que encierra tal palabra; hombres, iguales a cualquiera de nosotros, pero a quienes una circunstancia o varias pusieron en condiciones distintas de los demás.

Y esta constatación de que el criminal es un hombre, y como tal capaz de sentimientos humanos, ni mucho peor ni mucho mejor que cualquier otro ser humano, no es una constatación baladí. Al hacerla, empieza el que la hace por ser más hombre él mismo, vale decir: más humano. Es ese el sentimiento profundo que da, por ejemplo, todo su valor y que hace tan emocionante la lectura de las obras, tan penetrantemente cristianas del novelista ruso Dostoyewsky. Pintándonos el tipo del delincuente pasional, que mata a su mujer por amor, en el *Idiota*, y al delincuente cerebral, que mata por un razonamiento teórico, en el *Crimen* y

*Castigo*, y a toda clase de delincuentes en los *Recuerdos de la casa de los muertos*, el más profundo psicólogo de los escritores, prestamos el inapreciable servicio de abatir nuestros orgullos y herir nuestras tendencias farisáicas. De sus páginas, como del estudio profundo de una cárcel y de sus habitantes, despréndese aquella severa lección que el Cristo daba a los acusadores de la adúltera: “que aquel de vosotros que se encuentre sin pecado, que tire la primera piedra”. Al palpar, en el contacto directo con los hechos, la unidad esencial de la naturaleza humana, uno palpa su propia miseria y cúrvase reverente ante la grandeza de los demás. Ningún hombre es esencialmente bueno, puesto que es hombre, ser contingente e imperfecto. Ninguno tampoco es esencialmente malo, puesto que en todos, en los más miserables como en los más puros, hay algo del Supremo Bien que nos ha creado y hacia el cual vamos en una ascensión penosa y bella, llena de caídas pero repleta de gloria, en busca de una perfección ideal cuya semilla sentimos en nosotros mismos y cuyo tipo perfecto percibimos en lontananza, fuera del espacio, en la eternidad.

Y esta misma lección, de fraternidad y de humildad, podemos estar seguros de ello, es la que nos dará siempre el *settlement*, al ponernos en contacto con toda clase de seres humanos. En el demoledor anarquista o en el vagabundo desmoralizado, en la mujer prostituída y en todos los seres puestos al margen de la sociedad y fuera de la ley, igual que en aquellos ¡suprema virtud! que siguen pacientemente por los espinos del dolor la ruta del bien, la Verdad—que hace a los hombres libres—nos enseñará a sentir el amor que debe unir a todas las criaturas y a venerar a la justicia que debe presidir las relaciones entre ellas.

JULIO NAVARRO MONZÓ.

Buenos Aires, 6|19 de octubre 1918.

---